

La Muerte Abrió la Leyenda



Primera edición en REINO DE CORDELIA, mayo de 2016

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodcordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Alejandro M. Gallo, 2016

Esta novela ha sido galardonada en el certamen CASTELLÓN LETRAS DEL MEDITERRÁNEO, promovido por el Área de Cultura de la Excelentísima Diputación Provincial de Castellón, en la primavera de 2016

Sobrecubierta: © Miguel Navia, 2016

Cubierta: Imágenes de Amado Granell al frente de las tropas aliadas que liberaron París de la ocupación nazi en 1944

ISBN: 978-84-15973-82-9
Depósito legal: M-16473-2016
IBIC: FA

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Zamart
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La Muerte Abrió la Leyenda

Alejandro M. Gallo



Índice

Capítulo 0	
La entrevista	13
Capítulo 1	
Vocación policial	29
Capítulo 2	
Cafés Granell	45
Capítulo 3	
El consulado francés	61
Capítulo 4	
Black Friday Night, 1:50, A.M.	75
Capítulo 5	
Soldado de la libertad	79
Capítulo 6	
Buscando una trinchera	101
Capítulo 7	
A la muerte se la recibe en traje	125

	Capítulo 8	
	Black Friday Night, 2:55, A.M.	145
	Capítulo 9	
Veintitrés a uno a que abandonas la Policía		151
	Capítulo 10	
Sacudir la indiferencia		171
	Capítulo 11	
Horas de ronda		187
	Capítulo 12	
La conexión italiana		203
	Capítulo 13	
Black Friday Night, 4:50, A.M.		217
	Capítulo 14	
El día decisivo		221
	Capítulo 15	
Septuagésimo cuarto día en la Policía		239
	Capítulo 16	
Black Friday Night, The End. Vallekas amanece		249
	<i>Agradecimientos</i>	257

A mis entrañables Pedro Tejada
y David G. Panadero, por su
inquebrantable complicidad.

Consciente, deliberadamente, esperó la muerte.

Y cuando llegó, la saludó fría, serena, estoicamente...

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

La Historia es la percha sobre
la que cuelgo mis novelas.

ALEJANDRO DUMAS

CAPÍTULO O

La entrevista

¡*CAGÜEN* MI MANTO! Una entrevista para mejorar la imagen del Cuerpo, dijo el mamarracho del jefe. Sí, seguro que será por eso. Buf, las entrevistas en las cadenas importantes las realiza él o alguien de los asignados al Departamento de Prensa, pero, claro, si la entrevista es en una emisora de barrio y a la una de la madrugada, pues en ese caso que vaya el payaso de Gorgonio. Total, se va a jubilar dentro de poco —eso piensan ellos, pero a mí me parece que ese día no llegará jamás—. Y aquí estoy, en un taxi que culebrea por las calles sin encontrar mi destino.

Me da igual si es de día o de noche, sigo sumergido en un mundo que cada vez comprendo menos, si es que alguna vez lo llegué a entender. Ahora nos dicen que lo importante es una buena campaña publicitaria, vender imagen. Ya no interesan los resultados ni resolver los pro-

blemas de la gente ni aquellos valores como la honestidad, la integridad, la lealtad... Todo, ahora, es papel mojado, propio de *taraos*. Ay, el viejo sabio Santos Discépolo no ha muerto, ni su grandísimo tango *Cambalache*. Ambos recorren en espiral nuestra historia, en un eterno retorno. Hoy, lo primordial es el simulacro. Vivimos en un tiempo y una realidad donde el simulacro inunda nuestras vidas. No hay que ser honesto, basta con parecerlo. Vamos, que si no pareces puta, no lo eres. Si no pareces un cabrón de tomo y lomo, pues tampoco lo eres. El mundo desarrollado se ha convertido en una gran Disneylandia. Y las cabezas más sesudas han bautizado a este periodo: posmodernidad. ¡Vaya nombrecito!

A mis años me basta sentarme en un banco de cualquier parque y observar a los transeúntes para comprender que solo la risa nos puede salvar de nosotros mismos y de los demás. Mira, ahí pasa un grupo de orientales con mascarillas en la boca y las fosas nasales. Hala, África entera se ha quedado sin agua potable y Occidente, sin aire puro, pero lo trascendental es vestir nuestra mascota con ropa de marca; y si en este país se desaloja a la gente de sus casas, se ofrece trabajo a cambio del menú del día y se rescata a los bancos, pues eso no es sustancial, lo decisivo es hacerse *selfies* con esos palos largos atados a los iphones de última generación. Me he vuelto viejo, soy un dinosaurio en esta puñetera posmodernidad.

¡Leches! Ahora nos adentramos en una zona desanglada. ¿Dónde estaremos? Hala, el taxi se detiene en medio de una calle con menos iluminación que una bodega de vino, frente a un edificio de fachada rojiza, tal vez construido en la época del desarrollismo franquista de finales de los sesenta.

—Creo que es aquí —escupe el taxista, pegando la nariz al parabrisas y girando los ojos para todos los lados.

—¿Cree o sabe? —pregunto intrigado.

—¿Cómo dice?

Lo que sospechaba: un interrogante demasiado elevado para él. Y con gesto de extrañeza me indica:

—Déjeme ver de nuevo la tarjeta.

Se la entrego. Enciende la luz del interior del vehículo, se calza unas gafas en la punta de la nariz y dice en voz alta:

—Calle Puerto de Milagro... Sí, es esta. Hasta mi GPS lo confirma. Hemos llegado...

—De milagro.

—¿Cómo dice? —inquieta, al tiempo que me devuelve la tarjeta.

—Nada, nada, cosas más. ¿Qué le debo?

Pago la carrera y le pido la factura, la que tardarán tres meses en abonarme los chupatintas del Departamento de Contabilidad.

Miro el reloj: las doce y media de la noche. Nadie en la calle, salvo las estrellas, la luna y un gilipollas, el que suscribe. A estas horas de los viernes, ya estaba yo tumbado en el sofá del salón con un cubata en la mano, dándome un homenaje para recibir el fin de semana. Pero no, hoy no, hoy estoy en misión peligrosísima buscando una emisora de radio en medio de este erial. Buf, leamos de nuevo la tarjeta bajo la ridícula luz de esta farola: «Radio Vallekas. Calle Puerto de Milagro, 6». Sí, ahí veo el portal. Vamos a ello.

Espera un momento, Gorgonio. Antes un cigarrito, que ahí adentro no se podrá fumar. Una calada. ¡Ups, qué placer! Así engraso mis neuronas negras antes de enfrentarme al rollo de la entrevista, en la que me tocará vender imagen: que somos muy buenos, que acertamos siempre, que el policía es tu amigo, que estamos donde nos necesitan, que no reprimimos, que ayudamos a la gente... Pero ¿quién cojones se va a creer esas sandeces? Otra calada. «No se olvide de repetir hasta la saciedad que estamos para servir a la gente», me indicó el mamarracho del jefe. Je, para *servir*. Última calada y colilla al suelo. Hala, al toro, a vender imagen, al simulacro posmoderno.

Toco dos veces el timbre situado bajo la pegatina que me anuncia el estudio. La puerta se abre sin preguntar quién ha llamado. Seguro que me vigilan por esas cámaras interiores. Me adentro.

Menos mal, el portal está bien iluminado. A ver cómo carajo denominan a este programa en el que me entrevistarán: *Black Friday Night*. Buf, esto de «Friday» no sé por qué me suena a rebajas. En fin, veamos por quién he de preguntar: «Conducen Lorena y David». ¿Conducen? Espero que no sea una interviú en movimiento.

Esa puerta... ¿Qué pone el letrero? «RVK, 107.5 FM». Debe ser aquí. Está entreabierta.

—Pase, comisario Gorgooniooooo —exclama una voz que ignoro de dónde procede y que parece emitida desde un megáfono.

Un hall con dos sillas y una mesita, sobre la que descansan varios periódicos de *VallecasVa*. Un largo pasillo oscuro que finaliza en una sala con luz blanquecina. Serán de esas modernas que llaman de led. Consumen poco e iluminan mucho, dice la publicidad. Otro simulacro, pues son más caras.

¡Leches! Ese olor... Aquí fuman y, por el aroma, no precisamente tabaco.

Recorro con precaución este corredor, que no será el de la muerte, pero parece el de la soledad, que es peor. Llego al final: ante mí, una sala iluminada y acristalada. Detrás del vidrio, dos habitáculos: en el de la derecha, un tipo rubio platino, pequeño y esmirriado maneja una maquinaria demasiado compleja para mi entender; a la izquierda, dos jóvenes, chico y chica, con auriculares

amarillos tapándoles las orejas. De repente, el chico deja sus cascos encima de la mesa y sale a mi encuentro. Es enorme, pelirrojo y lleva puesto un Fedora. Ya veo que se toman muy en serio esto del *noir*.

—Bienvenido a Black Fryday Night, comisario. Soy David —se presenta, y yo reconozco a la voz megáfono.

Me tiende la mano y se la acepto sin pronunciar palabra. Buf, vaya mano, del tamaño de un guante de boxeo. Más que David parece Goliat.

—Ahí está mi compañera Lorena, criminóloga y asesora del programa.

La muchacha, delgada y morena, me saluda desde detrás del cristal con una inclinación de la cabeza.

—En la cabina de control nos acompaña Chus. Es el que controla los tiempos, coloca la música y la publicidad, de la que vivimos.

El esmirriado alza el pulgar a modo de saludo.

—Es un honor para nosotros que haya aceptado la entrevista —continúa el gigante pelirrojo del sombrero—. Este es un programa que emitimos la noche de los viernes desde la una a las siete...

—¿Tengo que estar aquí hasta las siete? —pregunto perplejo.

Sonríe y los mofletes se le inflan y sonrojan.

—No, no, usted no. Nosotros somos los que permaneceremos hasta las siete.

—Vale, vale. Por mí se pueden quedar a vivir aquí. A ver, tengo un poco de prisa, ¿cuánto va a durar la entrevista?

—Lo que usted quiera, pero más que una entrevista, pretendemos que nuestro invitado nos cuente historias para nuestros oyentes. Vamos, de lo que usted desee.

Buf, pues como os suelte el rollo de cómo veo yo la posmodernidad y la cantidad de sujetos descentrados que genera, os cierran el programa de inmediato y os retiran la publicidad de por vida. Entonces sí que serían Black Nights, pues os iríais a *negro*.

—Pase —indica David, abriendo la puerta de la cabina.

La muchacha abandona el ordenador portátil que teclaba, se levanta y me estampa dos besos, al tiempo que se presenta. Lorena es más alta de lo que aparentaba, pero igual de delgada y con un lunar postizo en el pómulo.

—Ese es su sitio —me indica la moza—. Y ahí tiene sus auriculares.

Los aparatos son amarillos, iguales a los suyos. Me siento y los recojo. Me los ajusto, pero me incomodan: rascan la calva. Tal vez tengo la testera demasiado grande. Mejor los quito.

—Si no me los pongo, ¿pasa algo? —pregunto, con suspicacia.

—No se preocupe. Lo oirá igual por ahí.—Y la muchacha, con la mano derecha, señala dos altavoces pequeños en las esquinas de la sala.

—Bueno, pues con esto ya estamos casi listos para comenzar —dice el gigante pelirrojo del Fedora, entrando en la cabina con una cesta repleta de viandas, como si hubiesen llegado los malditos Christmas Days.

De la canasta extrae una bandeja de embutidos que coloca en medio de la mesa; ubica junto a ella un queso curado que huele de maravilla, un chorizo —en cuya etiqueta leo «picante»—, dos botes de aceitunas negras, tres bolsas de avellanas y dos de patatas fritas, una con ajo y otra con pimienta. Cuando la muchacha reparte las viandas por la mesa sorteando cables y micrófonos, el gigante añade un taco de servilletas de papel, cuatro copas y cinco botellas de vino. Leo la etiqueta. Joder, un rioja de reserva. Y, como si fuera poco, suman un cenicero del tamaño de una sartén.

—¿Quiere decir esto que se puede fumar? —pregunto entusiasmado.

—¡Claro!—exclama el gigante al tiempo que se lía un cigarro con picadura de tabaco rubio.

—¿Y todo esto? —insisto, señalando los preparativos del festín.

—Es para pasar la noche lo mejor posible —y el del Fedora pasa la lengua por el papel de liar—. Regalo de

nuestros patrocinadores. Ya sabe, algunos no ganan lo suficiente para pagarnos la publicidad y recurren al trueque.

Leo con detenimiento la etiqueta del chorizo. Cojonudo, es de León. El queso es de Zamora; el jamón, de Guijuelo; el vino, de la Rioja; las aceitunas van rellenas de anchoas de Santoña; las patatas fritas, de McCain; la...

—¿Siempre es así? —indago.

La chica y el gigante asienten al unísono.

—Pues amigos... —digo con una sonrisa, relamiéndome—, pueden contar conmigo las veces que quieran.

El del Fedora da una calada al cigarro recién liado. Me sumo con uno de mis pitillos con filtro. Él descorcha una botella y rellena cuatro copas. Las reparte entre el escuálido de la cabina, la muchacha, él y yo.

—Por el programa de hoy —brinda.

Y yo le doy un trago al jarabe riojano que me sabe a gloria.

—Entramos en dos minutos —anuncia el esmirriado desde la cabina de control.

—Ya sabe cómo va esto —me dice el tal David—: nosotros le vamos preguntando sobre casos policiales y usted nos contesta...

—Si me da la gana, ¿no? —me atajo, y le doy otro trago al vino.

—Por supuesto, por supuesto —manifiesta con una sonrisa forzada, encogiéndose de hombros y ajustándose el sombrero.

La cabina se queda en silencio. Aprovecho para dar otro sorbo al néctar de los dioses y probar una rodajita del chorizo. Cojonudo, picantito, como a mí me gusta. Falta pan, cojones, he de decírselo al del sombre... Nada, se ha encasquetado los auriculares y no me oye. A lo mejor no tienen a ningún panadero entre los patrocinadores. Si lo llego a saber me traigo una barra de pan de casa.

Una luz roja se enciende. Suena una música que me parece haber escuchado hace años en *La Noche de Valpurgis*. Y a continuación la voz de megáfono del gigante:

—Bienvenidos a nuestra Black Fryday Night, el único programa nacional que analiza en profundidad el mundo del crimen, en la realidad y en la ficción. Les habla, como cada noche de viernes, su amigo y vecino, David. A mi derecha, nuestra asesora, la criminóloga Lorena que nos irá resolviendo dudas sobre...

Me evado con el caldo por el paladar. ¡Qué bueno está! ¡Qué buqué! Han traído cuatro botellas. No sé si serán suficientes.

—... y antes de presentarles a nuestro invitado, abramos el programa con un gran narrador de la América profunda, de la lucha terrible por sobrevivir de los habitan-

tes de Estados Unidos durante la Gran Depresión. Él fue el juglar y el testigo de aquellos tiempos negros que sufrieron las gentes humildes. Con ustedes, Woody Guthrie... y su legendaria canción *This land is your land*.

This land is your land, this land is your land¹...

Que interesante es esto: te invitan a cenar, te ofrecen un vino de muerte y te enseñan eruditas cuestiones cuya existencia nunca hubieses sospechado. Vamos, una clase gratuita de cultura musical. Y todo por unas preguntitas de nada, que yo responderé como mejor me convengan.

I roamed and I rainbled and I followed my footsteps²...

Mientras suena esta balada country o lo que sea, yo a lo mío: una rodajita de chorizo, un taco de queso, una aceitunita con anchoa y un traguito de vino. Y una calada. Buf, qué placer. Me echo hacia atrás en el butacón. Esto es vida.

¡Leches! La luz roja se vuelve a encender. La canción debe estar terminando y se abren de nuevo los micrófonos.

¹ Esta tierra es tu tierra, esta tierra es tu tierra...

² Vagué y erré y seguí mis pasos...

*This land was made for you and me*³...

—Hasta aquí nuestro recuerdo de Woody Guthrie, ese maravillo juglar de los trabajadores pobres. Ahora, Lorena, con su sabiduría habitual, nos sacará de algún deslíz histórico o lingüístico referente al mundo negro.

—Efectivamente, David. Hoy les vamos a desvelar un error sobre la etimología de la palabra «cadáver». Hay un bulo muy extendido, sobre todo en el mundo de internet, de que el término proviene de las sílabas iniciales de *Caro Data Vermibus*, «carne dada a gusanos» en latín, y se atribuye a San Isidoro. Sin embargo, tal expresión no existe en la obra de San Isidoro ni...

¡Qué lista parece esta chavala! ¡Ups!, además de una buena cena y un excelente vino, esta noche voy a salir de aquí con una cultura impresionante. Bueno, mientras ella nos ilustra, yo a lo mío.

—Muchas gracias, Lorena —interviene el del Fedorra—. Y ahora, les vamos a presentar a nuestro invitado: al infalible, al inigualable comisario Gorgonio. Buenas noches, comisario.

—Buenas noches —saludo, tragando de golpe un trocito de queso—, pero no hace falta que usted me presente así. Yo en realidad solo he cumplido con mi trabajo.

³ Esta tierra fue creada para ti y para mí...

—No sea modesto, comisario. Vamos a leer lo que ha dicho la prensa de usted: «Es como Poirot, pero de Fórmula 1»; «Donde pone el ojo, pone...».

—Déjelo, déjelo, por favor, que me sonrío.

—Así es nuestro invitado: modesto, además de infalible. Aún recordamos aquel caso que usted solucionó en el Molinón⁴, en medio del partido entre el Sporting y el Real Madrid...

—Nada, nada, *peccata minuta* —pronuncio en mi latín de bachiller, para que vean que también domino idiomas.

—Modesto e infalible, a lo que añado: in-ter-na-cio-nal. ¿Qué nos puede decir del asesinato resuelto de uno de nuestros generales de la NATO en el Centro Pompidou⁵? ¿O el de uno de nuestros senadores honorarios en El Ei⁶?

—¿El Ei? ¿Qué es eso?

—Acrónimo de Los Ángeles, comisario. Ele y A, en inglés El and Ei.

Asiento. Doy otro trago y otra calada. Buf, vaya noche que me espera: esto va de culturetas posmodernos, como si lo llevaran escrito en la frente.

⁴ «Asesinato en el Molinón», en el volumen *Seis meses con el comisario Gorgonio*, ed. Laria, 2011.

⁵ «*Au revoir*, general» de próxima aparición en el volumen *Los casos y las cosas del comisario Gorgonio*, ed. Reino de Cordelia.

⁶ «L. A. Discrecional», en el volumen *Relatos de la orilla negra*, ed. Serbal, 2016.

—La información que nos han proporcionado es que usted, comisario, se ha especializado en los casos de «habitación cerrada».

—¿Habitación cerrada? ¿Qué es eso? ¿Otro *acrítico*?

—Con ese nombre, comisario, nos referimos a esos asesinatos difícilísimos de resolver, propios de asesinos muy inteligentes, generalmente cometidos en mansiones o salones cerrados donde nadie parece haber entrado o salido. Ya sabe, la estructura de la ficción construida por el gran Gastón Leroux en *El misterio del cuarto amarillo*. De ahí a hoy, los casos de habitación cerrada siguen siendo, para los escritores que se precien, como una especie de *pièce de résistance* del género negro, ya que...

Huy, huy, qué noche me espera. Esto en vez de una entrevista se está convirtiendo en una conferencia sobre la ficción criminal en la que yo soy el único público presente. En fin, yo a lo mío: otro traguito.

—... de esa forma, la resolución de crímenes constituye algo así como la solución a un puzzle, en el que todas las piezas encajen. ¿No opina eso, comisario?

—Ejem... —Este mameluco me ha pillado otra vez con el taco de queso en la boca—. Verá, más que el símil del puzzle, yo prefiero hablar de motores.

—Interesante, interesante, continúe.

—Si un motor se detiene, es que algo falla. Alguna pieza no está donde debiera o, si está, hayque quitarla

y sustituirla. Resolver un crimen es buscar la pieza que impide el buen funcionamiento del motor.

—Qué grande es usted, maestro.

¡Me gusta este chaval! Me llama «maestro», como a un torero de casta. Otro traguito. Buf, he de tener cuidado, que se me está soltando la lengua.

—Usted, comisario, ¿ha resuelto todos los casos que se le han presentado?

—Esto... No. Sí... Una vez... hubo uno que se me quedó a medias.

—La excepción que confirma la regla. Lo que les decía: infaliiiibleeeee.

—No siga por ahí, que me saca los colores.

—¿Cuándo ocurrió ese caso?

—Hace ya muchos años...

—¿Inexperiencia, tal vez?

—No, no fue eso. Se dieron otras circunstancias.

—Cuéntelo. Seguro que les interesa a nuestros oyentes.

—Sería demasiado largo.

—No importa, tenemos toda la noche, comisario. Otro trago. ¡Qué bueno está este cabrón de vino!

—Pues verá, recuerdo que...

CAPÍTULO I

Vocación policial

¡MALDITA SEA mi estampa!, fue lo único que pude exclamar en aquellos momentos. Me habían entregado mi primer destino: Castellón de la Plana. La notificación era tajante: «Ha de presentarse el día 12 de mayo de 1972, a las ocho en punto de la mañana, en las dependencias de la Brigada de Investigación Criminal de la citada ciudad, donde recibirá las órdenes pertinentes del comisario...». En realidad, la culpa era un poco mía. No podía elegir ciudad ni unidad porque había sido el último de la promoción. Ese destino era el único que había quedado libre. Hala, rumbo al único puesto en la policía que no había querido nadie.

Viajé desde Madrid toda la noche en un tren cuya locomotora rugía como un animal en celo y sin oxígeno. Entre la puñetera máquina, sus gemidos, los vaivenes del

convoy, el barullo de los vagones, las maletas atadas con cuerdas que bailoteaban en los reposabultos, los trozos de bocadillo o tortilla que pasaban de mano en mano —regando trozos por los asientos con generosidad—, el llanto de los bebés, el canto de algún gallo encerrado en una cesta de mimbre, los pitidos en las salidas y llegadas a las estaciones, el putito revólver Astra de dos pulgadas clavándoseme en la ingle y los nervios por enfrentarme a mi primer día de trabajo no me permitieron pegar ojo en todo el trayecto. Y para colmo, la radio de mano no cogía la onda, ni danzando por el pasillo ni bajando las ventanas, por lo que apenas me enteraba de cuándo se jugaría el próximo partido del Sporting. Creí entender algo de que sería el domingo en Vigo contra el Celta, pero no llegué a oír cuál iba a ser la alineación ni cómo le afectaría el resultado en la clasificación de la liga.

Buf, sin embargo, según comentaban los pasajeros, aun teníamos que sentirnos agradecidos, pues, hasta hacía dos años, no había tren que enlazara Madrid y Castellón, por lo que ese avance del progreso del régimen había posibilitado un viaje largo, pero directo, sin trasbordos.

Llegué a la ciudad —noventa y cuatro mil habitantes le otorgaban ese título— y, sin alojamiento ni meter nada al buche, excepto un combinado de malta y achicoria que me vendieron como café en la tasca de la es-

tación, me dirigí, después de culebrear por la mitad de las calles y perderme por la otra mitad, hacia las dependencias de la Brigada. No había nadie. Las puertas, cerradas. Solo nos enfrentó —a mi maleta y a mí— el letrero: «Cuerpo General de Policía. Horario al público: de 9 a 14 horas». Encima del balcón, la bandera bicolor con la gallina negra. Yo, como un puto novato, esperaba apoyado en una puerta recién barnizada a que alguien me recibiera. Y el cielo amenazaba lluvia.

Atravesé la plaza y me refugié en un bar con una amplia cristalera. Mientras me servían un café, podría distinguir si alguien abría las dependencias. Sin embargo, mi incredulidad se cebó en aquella especie de glorietta que acababa de cruzar. ¡Los vehículos circulaban por su izquierda! Era como si en medio de la ciudad, un trozo fuese inglés. En el centro, una estatua de una mujer y un enorme árbol, que parecía trasplantado del paraíso terrenal.

Aún quedaba media hora para la apertura de puertas, por lo que pensé que podría aprovechar para localizar un alojamiento para la noche. Le solicité el teléfono al camarero y busqué en la guía el teléfono de un hotel en Castellón. Marqué el teléfono del primero de la lista: Hotel Mindoro. Me atendió una señorita muy amable, que me dijo que disponían de varias habitaciones libres para esa noche. Pero en cuanto me indicó el precio, casi derramo el

café por encima del mostrador. Buf, por aquel precio casi hubiese comprado un apartamento. No me quedaba más remedio que preguntar por alguna casa de huéspedes barata, hasta que me llegase la paga a fin de mes.

Cuando solo quedaban cinco minutos para las nueve, regresé a las dependencias atravesando aquella plaza colonizada por los ingleses. La estatua era en honor a una tal María Agustina y al arbolito, del tamaño de una casa de tres pisos, le habían colocado a sus pies una placa en la que se leía: «Ficus centenario».

A las nueve en punto me situé de nuevo en la puerta, el primero en aparecer no lo hizo hasta pasados cinco minutos.

—¿Qué viene a renovar su DNI? —me preguntó un tipo grueso con traje gris y corbata negra, cuyo rostro, de mofletes inflados y rojizos, lucía un bigote perfectamente rectangular. Me recordó a Oliver Hardy, pero preferí mantener la boca cerrada y limitarme a una escueta presentación.

—No. Soy subinspector de segunda —dije, mientras exhibía la acreditación—. Es mi primer día de trabajo. En Madrid me ordenaron presentarme aquí a las ocho de la mañana, ante el comisario Morales.

—Ah, viene asignado a la Criminal —exclamó, al tiempo que volteaba la llave en la cerradura.

—Así es.

—Como verá —dijo, señalando unas escaleras al fondo de un largo y lóbrego pasillo—, ustedes tienen una entrada al edificio por la otra parte de la calle, abierta las veinticuatro horas. Esta es para el público en general.

—O sea, que debí dar la vuelta al...

—No tiene importancia, todo está relacionado.

Continuó ascendiendo unas escaleras anchas de madera, que emitían un tufo a lejía. Al llegar al descansillo, se detuvo.

—Ya nos podrían enviar a alguien a Documentación —comentó—. Somos cinco personas para toda la ciudad. Pero, claro, las nuevas promociones no quieren saber nada de nuestro Departamento. A ustedes les gusta la acción. —Empujó una puerta con cristales biselados y me sugirió—: Pase, pase...

Un hall con un mostrador enfrente; sobre él, un letrero: «Documentación». Al lado, un calendario, al que le giró la hoja para que se leyese: «Viernes, 12, mayo, 1972». En la pared del fondo, la estampa de Franco montado a caballo. A la derecha, una sala de espera con bancos de madera desgastada; al fondo del pasillo, una puerta acristalada con el letrero: «Brigada de Investigación Criminal». Mi mirada se giró hacia la izquierda. Otra sala de espera y otra puerta acristalada con el rótulo: «Brigada de Investigación Político-Social». O «la puta social», como la llamaba mi padre.

El hombre se situó detrás del mostrador y colocó sobre él unos folletos y una plancha. A continuación, pasó sobre ella un rodillo impregnado en tinta.

—Todo listo —murmuró, y consultó el reloj de la pared, que iba a dar las nueve y diez minutos.

—¿A qué hora vendrá el comisario? —pregunté, ante el bramido de mi estómago suplicando algún alimento.

—Suelen tener la reunión de coordinación sobre las diez. Tómeselo con calma y siéntese —masculló, señalándome los bancos.

De repente, un señor esmirriado, con un Peninsulares en la boca y un bigotito como una fila de hormigas, irrumpió en el hall. Intercambiaron saludos y se ubicó también detrás del mostrador. El recién llegado me miró y, con gesto interrogativo, se dirigió a mí.

—¿Deseaba algo?

No me dio tiempo a contestar, pues Hardy lo hizo por mí.

—Es nuevo en la Criminal, espera a Morales.

—Ah —exclamó el esmirriado, al tiempo que se calzaba unas gafas, para dirigirse hacia mí—. Va a aprender usted mucho con Morales, es de lo mejor de la Brigada en toda España. Si no lo sabe, le diré que fue él quien descubrió los crímenes de Pilar Prades Santamaría en Valencia hace trece años. Eso le valió el ascenso...

La loa a Morales se interrumpió al abrirse la puerta y entrar una señora de unos cuarenta años con un mo-

zalbete, quienes, después de saludar con un «Buenos días» al tendido, se dirigieron al mostrador a rellenar unos impresos. Lo agradecí, pues ni sabía quién había sido esa tal Santamaría, ni los crímenes que había cometido.

Cuando los dos abandonaron el local, el del bigote fino se dirigió de nuevo hacia mí, que permanecía aún sentado en uno de los bancos de madera:

—Usted debe de tener mucha vocación.

—Sí, esto... —apenas balbuceé, para añadir—: ¿A qué se refiere?

—Verá, desde hace unos tres años, los jóvenes apenas se inscriben en la Policía. Ya sabe, todos dicen que Franco se va a morir pronto y que se va a abrir una nueva etapa, en la que va a venir la democracia liberal y purgarán a todos los cuerpos represivos.

—No lo había oído —mentí, porque esas mismas palabras las había escuchado cien veces en boca de mi padre, de sus compañeros de trabajo y de mis amigos en el instituto y en las calles.

—¿Tiene estudios?

—Maestro Industrial.

—¿Qué especialidad?

—Mecánica del automóvil.

—Es el futuro, seguro. ¿Cuántos años tiene?

—Veintidós. Bueno, los cumplo dentro de...

—Los mismos que mi hijo —bufó—. Ojalá a él le hubiese convencido para entrar en el Cuerpo, pero no, él tiene que ir por ahí con los pelos largos, esos pantalones de pata de elefante, cantando estúpidas canciones inglesas de guateque en guateque y tocando la batería.

Encendió otro Peninsulares y, después de expulsar el humo, ladeó la cabeza.

—Los cojones son lo que en realidad me está tocando —escupió a modo de sentencia—. Un día lo... ¡Mejor ni lo pienso! En fin, lo importante es saber que aún quedan padres, como los suyos, que tienen motivos para sentirse orgullosos de sus hijos. Un chico como usted, con estudios, vocación policial y que ama a España...

Su perorata se interrumpió al entrar en el recibidor un anciano al que debía conocer desde hacía tiempo, pues se pusieron a platicar amigablemente. Me vino bien la interrupción, pues no deseaba tener que explicarle en qué había consistido mi *vocación*. El hastío o vaya uno a saber qué carajo fue, retrotrajeron mi mente al día que nació mi *vocación* por la Policía.

Hacía cuatro meses, sí, había sido en enero, eso, cuatro meses, se habían convocado varias plazas para monitores de taller. Nos evaluarían en las aulas del Colegio del Santo Ángel. Llegué muy justo de tiempo y los pasillos se hallaban vacíos, nadie a quien preguntar dónde era el examen. Al avanzar por los corredores, me encon-

tré con dos individuos trajeados con gafas de sol junto a una de las puertas. Consulté con ellos mi duda. Resultó que me examinarían justamente en esa aula. Me pidieron mi documento de identidad. Anotaron el número y me dejaron pasar.

Me extrañó no ver a ninguno de mis antiguos compañeros de estudios entre los tres únicos opositores que me acompañaban. Nos entregaron el primer examen: el de cultura general, tal como había esperado. Luego uno de aritmética, muy fácil. Después vino el dictado, que sacaron de un texto del diario *Pueblo*. Nada presagiaba el desastre. A continuación, llegó el examen sobre las Leyes Fundamentales. Hasta aquí, todo según lo previsto y estudiado. Quedaba solo el examen de materias específicas. Entonces me percaté de que algo no iba bien, pues el impreso que me entregaron contenía veinte preguntas sobre el funcionamiento, la estructura y la organización de la Policía. Solo había que rellenar con una «V», de verdadero, o una «F», de falso, o una «N», de ni fu ni fa. Treinta y tres por ciento de posibilidades de acertar, pensé. Y como no sabía de qué iba aquello, contesté siguiendo el principio lógico del «Pito, pito, gorgorito...».

Al salir del aula se reveló la verdad: la Policía, la Central General de la Policía, a través de la prensa, había convocado a los varones mayores de edad, con carné de conducir y el Bachillerato superior aprobado a un

examen para reclutar jóvenes para la escala de subinspección. Al parecer los convocaban cada mes de esta manera en diferentes localidades, pues el nivel de vocaciones se estaba acercando al del clero: a menos dos. Dos bajas por promoción.

A la semana, publicaron las notas: Cultura General, 10; Dictado, 10; Aritmética, 10; Leyes Fundamentales, 3; Parte Específica, 2. Nota media: 7. Estaba aprobado. Solo me quedaban unos meses de academia y sería subinspector de segunda. Lo peor estaba por llegar: había que contar en casa mi repentina vocación. Pero eso era preferible a decirles la verdad: que me había equivocado de aula.

«Este guaje es subnormal —repetía mi padre, mientras atravesaba los pasillos de la vivienda como un perro de caza—. Policía. Lo que nos faltaba. Me lo hubiese tomado mejor si me dice que quiere ser cura. Ahora ¿cómo voy al trabajo y cuento a los compañeros que tengo un hijo policía? Me llamarán chivato, acusica, vendido, confidente. Una vida dedicada al Partido. Infiltrándonos en los sindicatos verticales. Las huelgas mineras a muerte o cárcel en el 62. Y justo ahora, cuando en La Camocha ya teníamos organizadas las primeras comisiones obreras permanentes, cuando estamos a punto de asaltar los cielos, mi hijo se mete a policía. ¡Cagüen mi manto...!».

—¡Eh, Chaval! —la voz de Hardy interrumpió mis recuerdos—. El comisario Morales acaba de entrar.

Le di las gracias, me alcé del asiento de madera y me dirigí a la puerta de acceso a las dependencias de la Brigada. La abrí despacio, casi con miedo. Me había despistado con mis cuitas, y los integrantes de la unidad habían desfilado delante de mí sin que me percatase de ello. Lo primero que vi fue una mesa rectangular de color caoba con un cristal por encima y ocho sillas alrededor. Pegados a los ventanales, cinco mesas con flexo. Tres se encontraban ocupadas por individuos con pistola en sobaquera. A su lado un letrero con la inscripción: «Inspector de primera». Al fondo derecho, una puerta con cristales biselados en la que se leía: «Jefe de Brigada». Al fondo por la izquierda, una sala cerrada por una mampara, en cuyo interior se distinguían máquinas de escribir, más flexos, folios con papel de calco sobre ocho mesas y unas escaleras de forja negra en forma de caracol que atravesaban el piso, desde lo que parecía sótano hasta un ático que llevaría vaya uno a saber adónde. La pantalla de separación de los habitáculos portaba la leyenda: «Subinspectores». La clase de tropa, pensé.

—¿Qué se le ofrece? —me preguntó uno de los de primera, un tipo con la cabeza cuadrada y el pelo a cepillo.

—Me incorporo hoy —dije, mostrándole la documentación y la orden de destino.

—Ah, Gorgonio Llana —exclamó al leer mis acreditaciones, luego dibujó una sonrisa y preguntó—: ¿Quién le puso ese nombre?

—Es por mi abuelo materno.

—Ay, los abuelos maternos, una jodienda. A mí me pusieron Veremundo, pero puedes llamarme Mundi. —Me tendió la mano y, señalando a los otros dos inspectores, dijo—: Ese es Pedro y aquel, Lorenzo.

Ambos se levantaron a saludarme.

—Al resto de la Brigada ya la iré conociendo estos días. Ahora vamos a ver al jefe, al comisario Morales.

Me acompañó hasta la puerta biselada, que abrió tras dos toques secos con los nudillos.

—Con su permiso...

Al frente, en un sillón, bajo la fotografía de Franco en blanco y negro con el traje de capitán general, se encontraba un individuo con la cabeza gorda y calva, como una bola de *bowling*. Llevaba traje azul marino con camisa blanca y corbata negra, con una insignia dorada del Cuerpo en la solapa.

Después de los saludos, le entregué mis documentos.

—Ahora, al principio —dijo el comisario Morales, después de leer los papeles con detenimiento—, acompañará a un inspector de primera hasta que se vaya haciendo con el oficio.

Se alzó de su sillón y me dirigió una mirada que inició en mis zapatos polvorientos, pasó a los pantalones

arrugados del viaje, continuó por mi jersey de lana grisáceo, se detuvo un segundo en los cuellos doblados de la camisa que asomaban por encima del suéter y acabó clavada en mis ojos.

—Aproveche este fin de semana para comprarse un traje. Azul o gris. La camisa blanca y la corbata de un color discreto, sin dibujitos. Un policía de la Criminal no puede presentarse ante...

Entonces sonó el teléfono. Al tercer timbrazo, el comisario descolgó y se sentó.

—¿De la Jefatura de Valencia? Sí, sí, pásemelo. —Tapó el auricular y le dijo a Mundi—. ¡Qué extraño! ¿Qué cojones habrá pasado para que nos llamen desde allí?

Recuerdo que alcé la vista hacia el reloj de la pared. Las agujas gruesas marcaban las diez y quince minutos, una buena hora para comenzar la jornada de trabajo, pensé entonces. La tercera aguja, la del segundero, no había recorrido ni un cuarto de esfera, cuando el comisario volvió a hablar:

—A la orden... Sí... Ya... Entiendo... —Tomó unas notas en una libreta y repitió—: Ya... Entiendo... No se preocupe, así se hará... Ahora mismo sale para allá.

Luego de colgar, arrancó la hoja con las anotaciones y me la tendió.

—Ahí tiene su primera misión. En ese punto se ha producido un accidente de tráfico con un muerto. La

Guardia Civil se encarga de las diligencias, pero necesitan alguien de la Criminal para certificar que fue accidente, sin dejar dudas ante un posible homicidio.

Recogí la hoja y la leí.

—¿Dónde queda Sueca?

—A treinta kilómetros de Valencia —contestó Mundi—. Está a unos cien kilómetros de aquí.

Perplejo, pregunté de nuevo:

—¿Cómo llego?

—No se preocupe —me tranquilizó Morales—. Ahora mismo en el Parque Móvil le asignan un vehículo y la Guardia Civil le esperará hasta que usted llegue.

—¿No será mejor que le acompañe, comisario? —intervino Mundi.

—No hace falta. Usted tiene mucho trabajo aquí. Además, es un tema de puro trámite y nuestra nueva incorporación, por lo que he leído, es especialista en coches y motores. Así que será llegar, mirar aquello y firmar el certificado.

—Lo que no entiendo es cómo no se acercan los de Valencia —intervino de nuevo Mundi—. Lo tienen al lado, no les supondría nada de tiempo.

—Andan como los demás, muy atareados y sin gente. Además, esto viene de... —Los puntos suspensivos los rellenó apuntando al techo con el índice, para continuar—: No se preocupe, Mundi. El chico parece espabilado. Lo hará bien y certificará el accidente.

No fue más adelante. Fue en aquel preciso instante cuando el «lo hará bien y certificará» se me incrustó en el pecho como la hoja de una navaja de siete muelles. Algo no iba bien, y lo presentía.